

El Quijote bajo el Trópico

Mi suerte es de haber nacido sin herencia ninguna. De ambos lados, mis abuelos fueron caballeros con gran fortuna, del lado paterno por la explotación de la caña de azúcar en Isla Mauricio (Océano Índico), y del lado materno por el cultivo de la betarraga de azúcar en el Este de Francia. Fueron ricos y gastaron toda su fortuna, y dejaron sus hijos en cierta precariedad económica. Esto fue afortunado, porque, por una parte estos hijos tuvieron que pelear para sobrevivir, y significó viajar, salir del microcosmo de la Isla Mauricio y del encerramiento de la burguesía francesa, y por otra parte, estos abuelos, como eran gente de buen gusto, se dedicaron al arte y a la literatura. De hecho, mis abuelos me dejaron una magnífica y amplia colección de libros preciosos, que sobrevivieron a las guerras y a todas las peripecias de la historia, y esta colección de libros fue, cuando era niño, una fuente donde yo bebía el brebaje del conocimiento.

Entre tantos, dos libros me atraían muchísimo, que yo leía entre la edad de 7 años y mi adolescencia. Ambos provenían de la biblioteca de mi bisabuelo paterno, quien fue juez a la corte suprema de la Isla Mauricio en la segunda mitad del siglo XIX. Uno fue el *Lazarillo de Tormes*, un texto anónimo que cuenta la historia de un niño huérfano, a cargo de un mendigo ciego que le maltrata y le abusa, y de las rusas que utiliza el niño para poder sobrevivir en un mundo cruel. El otro fue el más extraordinario libro, la única novela de todos tiempos, las aventuras del ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha.

Yo leí estos dos libros y los leí de nuevo cien veces, hasta que los conocía perfectamente, y cada vez con el mismo gusto y el mismo entusiasmo. Entonces no supe nada de sus autores. Era como si estos cuentos habían sido compuestos para mí solo, en mi idioma (en francés), y que trataban de una realidad inmediata, actual, sin distancia histórica. Esto ha de ser la cualidad específica de las obras maestras, que un niño, cual que sea su origen su idioma y su época, pueda identificarse totalmente a ellas.

Así me acostumbre desde muy niño a la idea que, bajo los Trópicos, en esta pequeña isla aislada del Océano Índico, tan lejos de España y de Europa, un aficionado a la colección de libros raros pueda haber sido interesado en comprar y guardar en su biblioteca obras tan diferentes de todo lo que le enroldaba en la vida, el cuento picaresco de Mendoza y la novela satírica de Cervantes. Estos libros ni fueron los únicos en la biblioteca de mi abuelo: se encontraban libros muy variados, como la obra poética de Longfellow (*Song of Hyawatha*), los clásicos eternos, como Shakespeare o Victor Hugo, y supuestamente una colección importante de libros de viaje, de Bougainville, Dumont d'Urville o Bory de Saint Vincent, consagrados a las expediciones a través de los Océanos, hacia América, India, y las Islas del Océano Índico.

El libro que yo he tenido de mi bisabuelo, era la traducción al francés del Quijote, por Louis Viardot publicado en 1845 por Dubochet. Un solo tomo magnifico de 884 páginas, entelado en color café claro decorado con un grabado al oro fino e ilustrado por Tony Johannot. Desde el principio me gusto el libro pesado, solido, el olor acido del papel, el tipo y los dibujos a la pluma muy finos. Pero no sabía que se trataba de un libro excepcional. Para mí, era el Quijote, un libro que yo podía tomar día tras día, leyendo los mismos pasajes, dejándome llevar por un sueño perezoso, descifrando los nombres que para mí no llevaban ninguna realidad, por el gusto de oír la música de ellos: Alcalá de Henares, Castilla, Sierra Morena, Dulcinea del Toboso, el Caballero de Blanca-Luna. Regresando siempre a los pasajes que más me gustaban, donde vemos El Quijote montado sobre su famélico Rossinante (...) y Sancho Panza sobre su asno, caminando al anochecer hacia nuevas aventuras: "Sancho Panza andaba sobre su burro, como un patriarca, con su bolsa, su odre de vino y un gran deseo de verse gobernador de la isla que su Señor le había prometido." O bien el pasaje donde el Hidalgo confunde por un castillo la mala posada donde durmió sobre un bulto de paja, y pide al dueño dela alberga hacerlo caballero. Aquí encontraba yo todos los ingredientes que

podían lanzar a un niño en la aventura de la lectura, la burla, la mentira, el riesgo, la verdad que yo no había encontrado en los cuentos de hadas de Perrault o de Madame d'Aulnoy.

El Quijote capturaba esta mezcla de *genres*. Era un libro total, que abarcaba la totalidad de la vida, y me hacía buscar la confirmación de la realidad, acechando en las calles de Niza donde yo caminaba, aquí un Sancho Panza, aquí un Juan Haldudo, allá un Ginesillo de Paropillo liberado de sus cadenas, en búsqueda de su hermana menor. Entonces existía en Niza, en esto tiempo, un lugar perfectamente adecuado a la lectura de Cervantes (y del Lazarillo): a la orilla de la antigua ciudad, sobre una explanada que cobraba el lecho del riachuelo existía el cuartel general de la Gitania (para usar el mismo término que Cervantes). Cuando yo regresaba de la escuela, en invierno, esta sombra plaza era alumbrada por raras lámparas y los faroles de las caravanas de los Gitanos. Daba un atmosfera de misterio, de aventura, aun de peligro como si era en alguna ciudad del Sur, Nápoles, Tánger, al lado del río Tormes, o bien en una plazuela de Alcalá de Henares donde había crecido Cervantes.

Yo podía conectar esta escena con el libro: encontraba las mismas figuras, picaros, holgazanes, o muchachas con ojos de braza. En aquella época la comunidad gitana no había sido expulsada por los burgueses de la ciudad y relegada en campos aislados en el fondo de los valles. Vivían en esta plaza en sus caravanas, mujeres vestidas de pitonisas con niños pies descalzados. Sus coches eran vehículos de una otra edad, Delahaye, Hotchkiss, negras y magnificas como barcos naufragados arrojados a la orilla del mar.

Después de todo este tiempo, la obra de Cervantes me sugiere otra pregunta, no menos personal: ¿qué podía haber de común entre mi bisabuelo, digno magistrado a la corte suprema de la Isla Mauricio, y la novela de Cervantes? Puedo imaginar el placer que el disfruto a leer este libro, en una edición tan preciosa. Que había encontrado en estas páginas? ¿Cuáles pueden ser los puntos comunes entre su isla tropical, bajo régimen británico, y la Castilla del siglo XVII? Quizás

eran más evidentes en aquella época: era el mismo amontonamiento popular, los mismos tipos humanos, las mismas astucias de la gente común y la misma fatuidad de los "hijos de algo", a veces sin dinero, dispuestos a enardecerse por cualquier causa perdida, o a coplear con malos versos, siempre en busca de una aventura amorosa para olvidar su propia mediocridad y la vergüenza de la derrota militar de sus padres vencidos por la marina británica.

Acaso me aventuro demasiado en imaginar Don Quijote bajo los Trópicos? La idea no es totalmente absurda. Louis Viardot en el prefacio a su traducción francesa de 1845 nota que la moda de las novelas de caballería era tan infecciosa en el siglo XVI -- acelerando fuera de España, en los pasos de Hernán Cortez o de Pizarro una muchedumbre de holgazanes y pelagatos, pretendidos hijos de la pequeña nobleza, decididos a venir a las manos con gigantes y amazonas, para aprovecharse de los fabulosos tesoros del Nuevo Mundo, siguiendo el sueño del *Amadis de Galia* para hacerse, como Sancho, gobernador de una isla del Caribe -- tan infecciosa que el rey Carlos V tuvo que decretar en 1545 una interdicción de importar, vender, y dar a leer "ninguna novela de caballería a ningún Español y ningún Indio". En 1555 las Cortes de Valladolid escribieron una carta de petición a la reina Juana afín que esta prohibición fuera extendida a toda España.

A penas un lustro más tarde, la publicación del primer tomo de las aventuras del ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha hizo inútil la ley, puesto que el libro de Cervantes fue, como lo escribió Montesquieu (in *Lettres Persanes*, capítulo 78), "el libro que enseno el ridículo de todos los otros libros" .

Quiero retornar a Don Quijote, como al libro de hoy, al libro de cada día. Pocos libros detienen el poder de ser abiertos y leídos a cada instante, en cada lugar. Lo era para mí en Niza, Francia, como lo había sido por mi bisabuelo, en el silencio de su estudio en la Isla Mauricio, una de estas islas tropicales donde el pobre Sancho Panza hubiera creído por fin materializada la promesa de su Señor. En este libro es

posible encontrar la contesta a las inquietudes, el confort de la risa, y el beneficio de la verdad. Esto es válido para la época en que vivimos, este principio del siglo XXI que se parece tanto al principio del siglo XVII.

Política, filosofía, lenguaje, si los consideramos bien, todo es semejante entre estas épocas. El tiempo donde nace el Quijote, es esta época adolorida por las guerras, la pobreza y las injusticias. La conquista del nuevo mundo esta por empezar, masacres, epidemias, aniquilación de pueblos enteros. El mundo occidental acierta en Navas de Tolosa su superioridad sobre el Islam, y esto significa el fin de la edad de oro de los intercambios. Después de la expulsión de los Judíos y de los Moros de España, el mundo occidental se encierra sobre si mismo, y inventa nuevos demonios.

Si uno abre hoy el libro de Cervantes, es esto que asombra: el Caballero de Triste Figura, con su fiel compañero Sancho Panza, vaga en un país desolado, polvoroso, abandonado. Si Don Quijote no fuera tan alto y flaco, solemne y alumbrado, y Sancho Panza su oposito, tan gordo, montado en su borrico, siempre hambriento y padeciendo una sed inextinguible, el país que recorren podría tener algo de angustioso. Nos podría hacer pensar a la Inglaterra arruinada por Cromwell, tal como la describe Robert Louis Stevenson, o aun al mundo absurdo después de la guerra que recorre el héroe irónico de *Voyage au bout de la nuit* de Louis Ferdinand Celine.

La fuerza de la obra de Cervantes viene de que inventa nuestro primero anti-Hero, con quien podemos identificarnos, porque a la vez nos es prójimo y nos aleja de nosotros mismos. La pareja que forma el Quijote con Sancho Panza es verdaderamente nuestro mejor retrato, quiero decir el retrato del hombre moderno, en su dualidad; el uno heroico hasta lo absurdo, el otro cobarde y prudente hasta el buen juicio. Todos los personajes de la novela moderna son hijos e hijas de esta pareja primordial, débiles, ridículos, habladores, emocionales, contradictorios, victimas del monstruo frio de la política, de las intrigas de las calumnias, en rebelión contra la

injusticia, pero incapaces de resolverlas, en perpetua demanda de amor y de dinero, de un hogar, o simplemente de una comida.

Nos es un azar si esta obra mayor de la literatura mundial haya sido escrita en el idioma español. Por la elaboración de un realismo sistemático, por la voluntad de emergencia de la ganga opresiva del idealismo platónico y del manierismo de la literatura heroica del fin de la edad media, la literatura española, probablemente más cerca de la herencia oriental —de los cuentos populares, y de la poesía irónica de los escritores judíos Ándalus como Harizi— se desarrolló en tiempo de Cervantes -- y llego a su obra maestra con su primera novela satírica que fue el Quijote.

La herencia de esta literatura es el tesoro inmenso y indivisible de toda la humanidad. El terreno donde nació es el lugar de nacimiento de todas las novelas futuras, en el viejo mundo como en América. Nos es sorpresa que fuese acá, en España, que empezó el arte del real, mezcla de visión y de crítica. En la misma época, en Inglaterra, el teatro elizabetano representa una sociedad en ebullición, investigando las alcobas obscuras de los príncipes para mostrar la banal humanidad de las monarquías —preparando todas las revoluciones futuras. Richard III enuncia la cuestión de la legitimidad de un rey nefasto, Hamlet representa su locura. Si había vivido en España, Shakespeare hubiera podido construir sus obras terribles y cómicas, sobre la locura de la reina Jeanne de España, quien se acostaba con un cadáver, o sobre el fin trágico de Felipe III. Pero España no tenía la fibra dramática. La novela, este teatro transportable, convenía mejor al genio de este pueblo letrado, critico, dividido. La originalidad de España, que inspiro a toda literatura en los dos mundos, era la capacidad de su pueblo a burlarse de sí mismo, y este considerable amor a si mismo que cada uno pone a acertar su honor y su independencia de juicio. Cerca de nosotros, el rey Alfonso XIII lo decía, afirmando -- según dicen -- que el reinaba sobre 21 millones de reyes.

Es este espíritu de independencia y este sentido de honor que inspiró a toda la literatura moderna, particularmente en el Nuevo Mundo. Que otro significado común podíamos encontrar en la lectura de obras tan diversas como *Los bandidos de Río Frío* de Payno, *Cien años de soledad* de García Márquez (y el prototipo de esta novela de realismo llamado mágico en el extraordinario *Pedro Paramo* de Juan Rulfo), y a la magia del barroco en la novela de Edgardo Rodríguez Julia, *La noche oscura del Niño Avilés*?

Al principio de mi presentación, me pregunté sobre el papel del Quijote bajo los Trópicos. No fue únicamente por el gusto de una evocación exótica, de mi bisabuelo leyendo en el atardecer, a la luz de su lámpara de petróleo, en la sombra del pasillo cubierto que allá se llama "varangue" (del nombre que los marineros daban al puente inferior de las naves). Ni aun para evocar la realidad del universo cervantino, que puede ser transferido en otras latitudes, este barrio comercial de Port Louis, que mi bisabuelo debía cruzar a pie cada mañana hasta el tribunal de la Corte Suprema: la vecindad del Gran Bazar, con la mezcla de todas las categorías humanas, pobres y ricos, ladrones y abogados, y esta clase de ciudadanos que en Isla Mauricio llaman la "población general", quien compone los tres cuartos de los moradores de la isla. Todo esto tenía semejanza con el mundo de Don Quijote, pero hubiera podido también ser parte del decoro de la Londres de Charles Dickens o de la Nueva York de Henry Roth.

En efecto, se trata de un paradojo: el más clásico de los novelistas de España fue a la vez el más criollo, o sea el más mezclado. Este es lo que más nos sorprende en la lectura del Quijote, no tanto el realismo, sino una visión cosmopolita y humanista, temperada por la sátira y el humor negro, de nuestra modernidad. El Quijote existe para nosotros, en nuestras ciudades y en nuestros pantanos familiares, porque, en isla Mauricio como en Alcalá de Henares, está la cuna de nuestra vida cotidiana. El humanismo que inventa es todavía por cumplir, como un modelo fuera de alcance, y en nuestros días como en el tiempo trágico

de la expulsión de los Judíos y de los Moros de España, la literatura puede ser una alarma para despertarnos.

Con esta novela total, la lengua española inventaba por primera vez el humanismo, que acompañara a la Conquista de América y a la invención de la antropología, con espíritus tan fuertes como los misioneros Motolinia, el padre Sahagún, o Mendieta, el autor de la Monarquía indiana. La novela inventa la condición humana, pero sin la gravedad aburrida de los autores de la era contemporánea. Hoy día, como en los tiempos del Quijote, ¿acaso no vivimos en un universo cerrado a la alteridad, desconfiado en todo lo que es diferente? ¿Acaso no vivimos los pogromos, las expulsiones y los naufragios, el enderezar de murallas y cercas de alambres? En los caminos del exilio, los ricos y los dueños, tan ciegos como sus milicias, han dejado de ver el alma humana en estos otros quienes esperan, encerrados en campos militares, en Algeciras, en Marsella o en Ciudad Juárez. En algún lugar, bajo el amparo precario de una tienda de tela, una Ana Félix espera, envuelta en sus vestidos polvorosos, el caballero errante listo para hender las figuras odiosas de la mentira y del egoísmo. ¿Acaso somos todos los huérfanos del Caballero de la triste Figura y de su fiel amigo Sancho?

No debemos equivocarnos. Estamos embarcados en el mismo mundo que hace cuatrocientos años, donde reinan horribles guerras e injusticias. Como Cervantes, podemos reírnos de las declaraciones solemnes y de los discursos hipócritas de los políticos, y de la vanidad de nuestros pretendidos pensadores sujetos al conformismo y al poder. A dos pasos de nuestros grandes palacios, sobrevive un pueblo de nuevos rufianes, de vagantes clandestinos, quienes esperan su libertador, el que, como decía Sancho Panza, "pueda alimentar a los que padecen sed y abreviar a los hambrientos."

La juventud del Quijote, su creador nos la transmitió en su idioma, y durara más allá de nuestra edad difícil. Su verdad, su sinceridad, esta su fuerza vital. Así la define Cervantes mismo, en el momento de

escribir los últimos verbos del secundo libro de las aventuras del ingenioso Hidalgo: "Para mí solo nació Don Quijote, y yo para él."

J.M.G. Le Clezio